

PROFETAS DE LA REALIDAD

Por Jorge Luis Marzo

(Publicado en *LAB Project Trans Arabic Express*, Dubai, 2007-08)

Que hagan en Dubai lo que quieran. Que se hinchen a desfondar litorales, a construir cementerios de cristal y mármol, hoteles bajo el agua como si fueran sedes de la organización Spectra, o a encargar limusinas de oro hechas a mano en Sudáfrica o en Londres. Son lindas esas islas artificiales con forma de palmera o con la figura de los continentes. Seguro que se está padrísimo en ellas sin temores de tsunamis, de lagartos o de molestos indígenas. Claro, allí no hay indígenas, y los filipinos e hindúes¹ que trabajan allá, pues dónde van a ir! Yo me pasaría una semana bien a gusto en cualquier de ellas -porque entiendo "las exigencias del turista más exquisito"- viendo en MTV el partido de tenis celebrado a nosécuántos centenares de metros de altura por superestrellas en el helipuerto de ese gran hotel, el de 7.500 dólares la noche, el que tiene la apariencia de la vela de una de las barcas de pescar típicas del lugar. Demonios, qué tiene de malo todo ello!!! Al fin y al cabo, es "el comienzo de una nueva y grandiosa era en la arquitectura"², dicen los famosos arquitectos.

No he estado nunca en Dubai y muy probablemente nunca quiera estar. No me importa un comino Dubai, la verdad. Dubai... veamos, la novela de un tal Robin Moore que "la Caixa" regaló a mis padres hace treinta años y que nunca se movió del mismo lugar en el estante de los libros en el mueble del comedor, y cuyo subtítulo reza -me lo dicta mi madre por teléfono-: "Oro, petróleo, insurrección e intriga en Teherán, por el autor de French Connection". Nunca lo leí, pero siempre me sonó a exotismo cutre aderezado con espías listísimos en sorda lucha contra Jomeini. Dubai... el petróleo de los Emiratos Árabes Unidos, unos pocos forrados hasta las orejas. Dubai... el mito de juventud que corría por la facultad: allí, de profesor de español, podías ganar todo el dinero de una vida en pocos años, pero nunca conocí a nadie que fuera. Pero, por lo que veo, Dubai es ahora nada más y nada menos que "el destino clave entre Europa y Asia", dice el arquitecto Rem Koolhaas. Ya ves. Y dice más, que en Dubai "se hace una profecía de la

¹ Dubai tiene 1.422.000 habitantes, pero sólo 349.000 son mujeres (?). Los ciudadanos nacidos en los Emiratos Árabes Unidos constituyen el 17% de la población, mientras el resto son asiáticos (85% de los residentes extranjeros), hindúes (51%), paquistaníes (16%), bengalíes (9%) y filipinos (3%).

² Hauser, Joachim; en <http://noticias.arq.com.mx/Detalles/6156.html>

realidad con una eficacia increíble”, “porque se está haciendo desde cero”³. O sea, que no había nada en Dubai, sino los ceros de las cuentas corrientes monárquicas que facilitan una increíble eficacia, lo que yo pensaba. ¡Qué ilusión para un arquitecto partir desde la nada!: ni siquiera se trata de hacer *tabula rasa* de infectas ciudades populares que nada aportan a la “necesaria circulación global de personas y bienes” sino de poder construir desde el suelo mismo del desierto. Recuerdo lo de que “una calle recta es poder”, en referencia a que el arquitecto o el urbanista necesita de una gran autoridad para dismantelar el tejido urbano existente en una ciudad y convertirla en una avenida longitudinal. Pero cuando no hay calles preexistentes (o no se quieren ver), ya no se trata de poder, sino de ser dios. Koolhaas dice que “teme que pronto nos encontraremos con que hemos agotado todo el hedonismo posible del mundo”⁴. Una verdad como un templo, como una catedral, como las que hay que hacer en estos lugares ahistóricos, sin pasado, que parten de cero. Como las iglesias y monasterios medievales que se construían junto a los ríos y que con el tiempo congregaron a su alrededor lo que hoy son ciudades y pueblos. Miro Dubai en GoogleEarth y no veo un río por ninguna parte, sino las cristalinas y tranquilas aguas del Golfo Pérsico, que, en opinión de Koolhaas, “es una zona de estabilidad relativa”.

Dubai, dice el arquitecto holandés, es “una abstracción viva”. Es abstracción porque no hay nada; y está viva, porque en ese desierto de sentidos, sólo queda que imprimir quimeras, sueños y fantasías; fantasías institucionales y urbanísticas de ayer y hoy, tampoco nada nuevo. Pero “profetizar la realidad”... esto sí es distinto. Había oído “profetizar el futuro”, “predecir el mañana”, pero ¿cómo se puede anticipar la realidad? Efectivamente, el único modo de hacerlo es sustraer el presente a la realidad, despojar la realidad de historia, de gente, de marcas, de muescas, del polvo dejado durante años por la arena correosa de un lugar (que se interpreta) sin presencia.

“Más allá de la tierra, más cerca de los sueños”, decía el cartel promotor de una nueva urbanización de adosados que se planeaba hace unos años junto al parque de dunas de Corralejo, en la isla canaria de Fuerteventura, destino turístico al alza cuyo principal reclamo es que “no hay nada”, que “es una extensión insular del Sahara”, que “es como estar en Marte: una esplendorosa aridez por descubrir”. La soledad del cartel ilustrado con

³ El País, 24-07-07

⁴ El País, 24-07-07

centenares de bonitas casas en medio de una enorme extensión de terreno yermo parecía presagiar que una cosa así no podría construirse, que el hombre no tiene la capacidad para levantar una ciudad en semejante marco estéril, pedregoso y sin agua. Este año tuve la oportunidad de volver a visitar el enclave. Ni se está más cerca de la tierra ni más cerca de los sueños: ahora hay montones de adosados, carreteras, farolas, supermercados, palmeras, rotondas y turistas de estancia indefinida con pieles de color camarón.

Sí, quizás me equivoco, quizás sí se puede profetizar la realidad. Sólo que hay que hacerse las preguntas adecuadas, como las que Koolhaas se plantea: “¿Por qué deberíamos considerar deprimente la idea del turismo de los ancianos? ¿Por qué no pensar que es la primera vez en la historia que gente de esa edad tiene maravillosas posibilidades de vida?” Corralejo es, lo admito, la respuesta a estas cuestiones. Dubai aspira al mismo camino, pero no con adosados para retirados británicos o alemanes de poca monta, sino para jóvenes financieros o abuelos ricachones que prefieren empezar o acabar sus días en la gloria de un paraíso exento de memoria en donde escribir sus recuerdos de explotación. Porque, como dijo aquel millonario, “la memoria, ni da mucho dinero ni hace rendir el que tienes, porque todo se lo traga”. Dubai, Corralejo, y tantos otros sitios, son profecías sobre la base misma del capital: cuanto más lejos se esté de la historia, más fácil es escribirla, sin las pesadas cargas de la responsabilidad, el compromiso y toda esa engorrosa parafernalia.

Koolhaas dice que se negó a participar en los concursos para los nuevos edificios de la Zona Cero de Nueva York (lo que es falso, ya que se presentó puntualmente, pero esto aquí es igual). Argumenta que “representaban un intento de crear un monumento a la autocompasión a una escala estalinista”⁵. Seguramente es cierto que eso es lo que van a hacer. Pero, al mismo tiempo, tampoco es menos verdad que términos como “monumento” y “recuerdo” deben sonar como ruido de gravilla pisada con botas en la mente de un arquitecto como él. Estos arquitectos no conciben erigir edificios *en función de*, sino *ex nihilo*, con el ánimo de funcionalizar lo “estancado”, lo “inmóvil”, lo que según ellos, está exento de historia. Koolhaas, como tantos otros arquitectos –aunque aquí lo parezca no le tengo especial tirria al holandés, dicho sea de paso; sólo me sirve de frontón argumental- está obsesionado con redefinir la misma idea de monumento que ha

⁵ El País, 04-08-07

imperado en el siglo XX. Loable propósito, sin duda. Sólo que el desmantelamiento del simbolismo clasista y político del proyecto monumental burgués no parece venir sustituido más que por la demiurgia formalista de los propios arquitectos, quienes hábilmente han sustituido la mirada al pasado con una mirada a lo que ellos consideran el futuro, esto es, la realidad misma que queda tras una de sus actuaciones. Cuando se le preguntó a Koolhaas por la posible contradicción entre su supuesta negativa a la Zona Cero y su activa participación con las autoridades chinas en el nuevo Pekín contestó que “el sistema chino estaba cambiando a tal velocidad que cuando se acabara de construir su edificio China habría abandonado la represión como herramienta política”.⁶ Casi le entran a uno ganas de leer esta frase con un poco de inquina: “Gracias al edificio mío que se está construyendo en Pekín, China alcanzará su democracia”. Si el monumento moderno se basaba en la lectura e interpretación de la memoria, ahora se trata de interpretar “lo que ha de acontecer”. Jesús Gil, malograda figura prometeica de la nueva ciudad turística, lo expresó en términos incuestionables durante una de sus campañas electorales: “Apuntaos a lo que se avecina”, o –añado yo- preparaos para las consecuencias.

Las consecuencias de que hagan de Dubai un paraíso de ricos internacionales sobre la tierra me trae sin cuidado. Pueden hacer lo que les venga en gana. No me afecta en absoluto. En todo caso, hay una cosa que adoro de lo que leo sobre el tema, entre arquitectos, emires, promotores, agencias de viaje, inversores: nadie me quiere engañar. No hay grandes discursos sobre la cultura, la paz, la tolerancia; no hay alcaldes, como el de Corralejo, quien inaugurando una urbanización llegó a decir que iban a abrir un museo con obras de El Louvre y del Prado; no hay políticos, como los del Ayuntamiento de Barcelona, que tuvieron que montar todo un tinglado paracultural para camuflar hipócritamente que se levantaban unos cuantos hoteles y que se especulaba con suelo público, dejando a la ciudadanía un ominoso “forumculo” de cemento. No, en Dubai, se me habla claro: es para turistas ricos y la clave es generar tanta expectación que el emirato se convierta en pocos años en un destino turístico de primer orden, ahora que se sabe que quedan reservas petrolíferas para unos 30-50 años a lo sumo. Quieren rusos adinerados y empresarios hindúes de la informática, y punto. También harán museos, claro está. Tampoco es menos verdad que aquí ya conocemos todo esto. También tenemos alcaldes y promotores que no se van por las ramas, sino que le ponen los nombres a las cosas. Lo de Dubai es más de lo mismo, pero con la diferencia de la

⁶ El País, 04-08-07

escala: “Todo hoy es un problema de escala. Esa es la cuestión más importante”, dice Koolhaas. Estoy totalmente de acuerdo con él. Si la escala de lo que me rodea en mi propia ciudad nada tiene que ver con la escala de los pensamientos realistas de mis conciudadanos, sino con la magnitud de sus deseos y quimeras pequeñoburguesas, pues ¿qué esperar de unos adinerados emiratos cuyas quimeras se constituyen por adaptarse a supuestos pensamientos realistas, hechos realidad por arquitectos que odian la realidad?



